

EL CHALET: UN RINCÓN CON ENCANTO EN EL PUERTO DE CARTAGENA AQUEL TIEMPO DE LOS BALNEARIOS

Francisco José Franco Fernández

UNED Cartagena

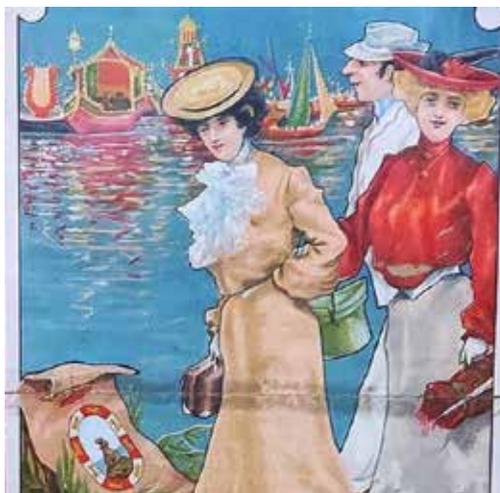
*Dedicado a la memoria de Dionisio Calvo,
que buscó siempre la luz.*

Resumen: Un recorrido por un lugar entrañable de Cartagena: el Faro de Navidad, enclavado en uno de los lados del puerto y cargado de historia por la cantidad de edificios militares que allí se encuentran, testigos silenciosos del paso del tiempo. Elegimos una etapa: la del Modernismo de finales del siglo XIX y comienzos del XX, un momento de fuerte expansión económica que trajo a la comarca un aire de modernidad y lujo, expresado en esta orilla del mar por la existencia de los balnearios como lugar de encuentro.

Palabras clave: Balneario, modernismo, expansión.

Abstract: A tour of an endearing place in Cartagena: the Faro de Navidad, nestled on one side of the port and steeped in history due to the number of military buildings that are found there, silent witnesses of the passage of time. We chose a stage: the Modernism in the late 19th and early 20th centuries, a time of strong economic expansion that brought an air of modernity and luxury to the region, expressed on this seashore by the existence of spas as places of meeting.

Keywords: Spas, modernism, expansion.



Un entorno con fuerte tradición histórica

La plaza fuerte de Cartagena y su conjunto defensivo tienen en este lugar un punto de referencia fundamental, pues está rodeado de castillos, baluartes, torres,

murallas, cuarteles, baterías, fuertes, caballeros, puertas y otros elementos defensivos que le confieren un atractivo singular, aunque en algunos casos su conservación no es la más idónea: a pesar de que Cartagena no es todavía Patrimonio Mundial de la Unesco, no existe un lugar que tenga este número de fortalezas en cuanto a tipología e importancia defensiva para proteger un solo emplazamiento o plaza, algo que lo hace único y universal (Gómez Vizcaíno et al, 2002).



Figura 1. Un lugar de tradición militar. Fuente: Archivo municipal de Cartagena.



Figura 2. Caminos para explorar. Fuente propia.

En el entorno del Chalet podemos ver algunas de las terminaciones de las Murallas de Carlos III, las baterías de Algameca Grande y Chica, Fajardo, Parajola y Podadera (preñadas de viejas historias militares), las Torres de Navidad y otros atractivos elementos: proyectores, polvorines, semáforos, agujas y puestos de mando, por allí cerca podemos visitar los polvorines y el proyector de las Algamecas, los de Los Boletes, el proyector y semáforo de Galeras y el proyector de la Podadera (Gómez Vizcaíno, 1995).

La entrada al puerto de Cartagena está flanqueada desde 1885 por los faros de Navidad y de La Curra, pero antes existieron otros dos faros a ambos lados del acceso a la bahía: los de la Podadera e Isla de Escombreras. Este último sigue en funcionamiento y es tributario de las funciones del verde y del rojo.

El Faro de la Podadera fue el primero de la serie diseñada en 1847 por la Comisión Especial de Faros para el puerto y bahía de Cartagena. Pero lo cierto es que, en nuestros días, el faro que confiere personalidad propia al entorno del Chalet es el de Navidad, un edificio de 11 metros de altura y color rojizo. Se le llama así por la proximidad de la batería de costa que lleva ese nombre, y está apoyado sobre la Punta de Navidad, lugar donde, para salvar la peligrosa laja de piedra que estaba situada en la entrada al puerto, se construyó una escollera rompeolas que seguía siendo un serio peligro para los buques que entraban y salían del puerto, de forma que se expuso la urgente necesidad de señalizarla: en 1881 se autorizó la construcción en sus extremos de los faros de Navidad y de la Curra con carácter permanente.

En 1917 se estableció en el Faro de Navidad una luz centelleante roja, con alcance de 10 millas, pasando a depender desde 1920 de la Junta de obras del Puerto de Cartagena, que fijó para los faros un servicio de torrero.

Los cartageneros lo conocen como Faro Rojo por el color de su estructura en la parte superior y el tono de su destello luminoso. Es de construcción cilíndrica de color blanco y rojo, tiene 15 metros de altura y un alcance de 10 millas náuticas (18,5 kilómetros). Para acceder al entorno del faro y El Chalet se puede hacer por mar en el barco turístico y por carretera desde el barrio de la Concepción circundando los astilleros y el monte donde se sitúan las fortalezas e instalaciones militares.



Figura 3. El faro rojo, símbolo de la ciudad. Fuente propia.

La llegada de los balnearios

Corría el año 1898 y España entera estaba conmocionada por la pérdida de la joya del imperio colonial: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Cartagena, plaza militar de las más importantes de España, es una de las ciudades más afectadas por las pérdidas materiales, en barcos y vidas humanas y por el cese de la actividad comercial. En Madrid, menor de edad todavía el príncipe Alfonso, es regente su madre, María Cristina, y preside el gobierno liberal Práxedes Mateo Sagasta, que fue pronto sustituido por la gran esperanza conservadora, Francisco Silvela.

La Cartagena del 98 es por aquel entonces una ciudad alegre y bulliciosa, en pleno auge minero y comercial: los cafés y los teatros están abiertos hasta altas horas de la madrugada, y la política está dominada por los grandes apellidos de la Restauración postcantonal: Maestre, Zapata, Rolandi, García-Vaso, Payá, etc. La ciudad vive el boom constructivo en el marco del Modernismo y el auge de las letras y la prensa ilustrada: es el tiempo del cronista Vicente Medina (que escribe en Cartagena la obra cumbre de nuestra literatura, *Aires Murcianos*), del poeta Pelayo y del unionense Juan Pujol.

La nueva burguesía de los negocios, en el espíritu de la Belle Époque, está metida de lleno en la moda y el consumismo, y demanda para su tiempo libre nuevas experiencias: el veraneo y el disfrute junto al mar se conjugan ahora en la nueva construcción del balneario del faro: en aquel estío del 98, lleno de noticias pesimistas sobre el futuro de España, en Cartagena se pone en marcha el complejo turístico llamado oficialmente de San Bernardo y popularmente El Chalet, por la bella estética de su alzado *Art Decó*. Venía a rivalizar con los ya existentes en el muelle, los de Villamartín (de baños fríos) y Roldán (calientes) (Medina, 1860).

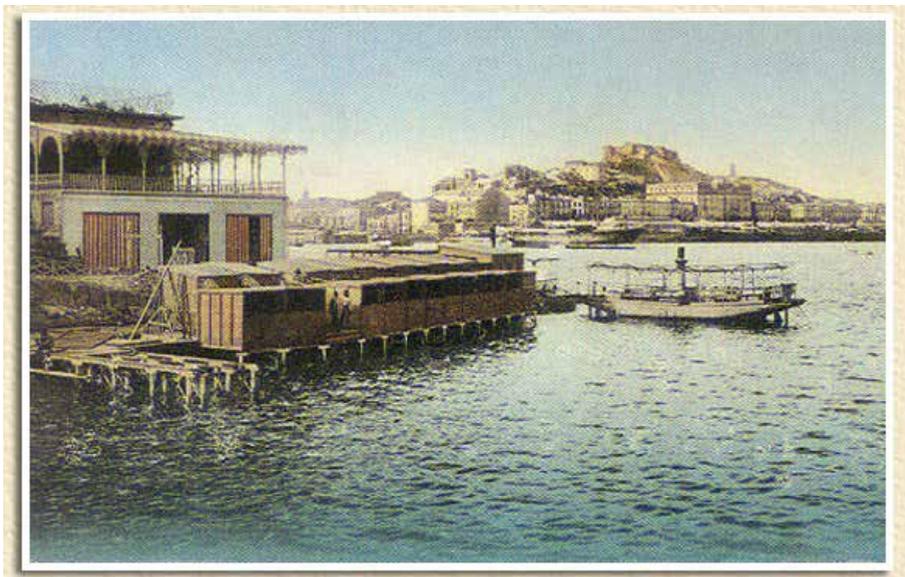


Figura 4. Aquellos viejos balnearios. Fuente: Archivo municipal de Cartagena.

Al pie del monte Galeras, a escasos metros de toda la estructura militar, se ponía en marcha sobre el muelle de 300 metros y el coqueto embarcadero unos modernos balconcillos que miraban hacia el puerto. Eran casetas para baños en agua de mar o de agua caliente. Entre unas y otras estaba el paseo que terminaba frente al hotel y el café donde los domingos había conciertos de piano y violín.

En el centro se situaba una pequeña playa, llegándose hasta allí con una lancha que salía del muelle de Roldán cada 15 minutos. La entrada al balneario costaba 20 céntimos, 50 el alquiler de las casetas cada hora y 30 los billetes para la entrada a los baños. En la carretera había dos populares merenderos: La Punta del Viento y La Brisa.

Aquellos antiguos veraneantes con sus locas costumbres

No es que estemos hablando de un mundo globalizado, pero sí que es cierto que en esos primeros años del siglo XX la prensa y las revistas daban a conocer en todos los países las modas que venían de París y las grandes urbes del mundo. La segunda Revolución Industrial trajo consigo una creciente mecanización, extendiéndose una sociedad de consumo que también se materializaba en los usos y las vestimentas del veraneante y del dominguero.

Hasta comienzos del siglo XX los pueblos, incluso los pueblos costeros, eran considerados como lugares *inhóspitos e insalubres* en los que trabajaba la gente pobre que se dedicaba a la pesca y a la construcción de embarcaciones, contrastaban sobremanera con los nuevos centros urbanos como Cartagena, donde había alcantarillado, luz eléctrica y una serie de servicios avanzados. Esa idea preconcebida cambió cuando un emprendedor inglés, un nuevo rico, convenció a las clases altas de Gran Bretaña de que beber agua del mar era bueno para *los vaivenes del espíritu y otros malestares*. En la costa cartagenera, en los balnearios del puerto y en los de Los Nietos y Los Alcázares, se extendía la idea de que era muy bueno untarse en el cuerpo la sal y los lodos marinos: poco a poco, los ricos se dieron cuenta de que la playa podía ser no solo sanadora, sino también divertida, extendiéndose la moda del excursionismo y los deportes de playa.

La playa y el balneario ejercían una función terapéutica en un tiempo anterior a la Primera Guerra Mundial, en el que quienes estaban aquejados de tuberculosis, melancolía o mal de amores buscaban un cambio de aires, que en este caso que estudiamos consistía simplemente en cruzar la bahía y pasar junto al mar (siguiendo un saber instintivo y ancestral de origen latino y musulmán) unos días de asueto y cura de enfermedades de las vías respiratorias, raquitismo o cualquier tipo de dolencia.

En un tiempo de múltiples epidemias (la gripe llegaría en 1918) el agua de mar, con sus capacidades desinfectantes, descongestionantes y regeneradoras de la mucosa, servía como medicamento. En un momento en el que las autoridades de la Restauración destruyen el céntrico y populoso barrio de Mundonuevo para abrir

la calle Gisbert y airear así la ciudad, en un tiempo de sistemáticas plantaciones de eucaliptos, los más pudientes cambian de parecer en relación a la playa, conviviendo de esa forma pescadores y una elite de incipientes veraneantes que descubren las bondades de la vida sencilla y tranquila frente a la vida moderna que empezaba a surgir en las ciudades.

Poco a poco, como no podía ser de otra manera, toda la sociedad los imitó: a comienzos del siglo XX solo participaban del veraneo las clases acomodadas, quienes poseían residencias en Los Nietos, Portmán o Cabo de Palos y pasaban allí la temporada veraniega. Mientras, las clases populares (en los años 20 algunos mineros comenzaron a construir barracas junto al Mar Menor) se conformaban con coger el tren o el barco para pasar el día en la playa y luego regresaban a dormir a sus casas de la ciudad, y si se quedaban allí era para trabajar en los merenderos, el servicio o la venta ambulante. En lanchas o pequeñas embarcaciones de pesca, los domingueros llevaban la comida (tortilla de patatas, conejo frito y con tomate y pimientos), vino, sandías y melones, y permanecían en la playa al sol.

El muelle del Chalet era más elitista, marcando mucho las divisiones de clase, pues el de San Pedro tenía mejor acceso a pie y estaba más próximo a los barrios populares de Santa Lucía o Los Mateos. En los lugares donde se mezclaban unos y otros, las diferencias se notaban también en la imagen, manifestando la nueva burguesía más adelantada un proceso de liberación de los encorsetados vestidos y un cambio en cuanto a la propia relación con su cuerpo y una relajación de las costumbres. En El Chalet el ambiente era muy animado en las horas de sol, momento en el que centenares de personas paseaban por la orilla del mar: las damas y los caballeros lucían sus trajes de baño con la misma elegancia con que llevaban sus vestidos de noche para ir a una *soirée*, y por la noche se celebraban bailes y encuentros sociales de carácter variado. Por debajo de esos ambientes, las clases populares prestaban servicios de hostelería, paseos en barca, actividades de patronaje y pesca y de servicio doméstico y público (dentro de los baños): en El Chalet se podía disfrutar de diversos servicios, que prestaban señoras a las que se les apodaba cariñosamente las bañeras (por trabajar en los baños).

La lucha contra las epidemias

Llegó la Primera Guerra Mundial, y aunque España declaró su neutralidad, Cartagena se convirtió en un lugar peligroso, pues su puerto era centro de un activo comercio y su bahía estaba poblada de submarinos alemanes. Y durante el transcurso de la Guerra, otro mortal y diminuto enemigo llamó a la puerta: la mal llamada Gripe Española, que se instaló en los muelles y en el fondo de las minas, despoblando La Unión y otras localidades, sembrando la muerte y el caos.

Frente a la gripe y todo tipo de calamidades infecciosas aparecieron con fuerza los balnearios, y el del Chalet se consolidó como refugio de la clase alta: las lanchas llamadas Santa Margarita y San Bernardo prestaban un servicio ininterrumpido en

temporada alta desde primera hora de la mañana hasta la caída del sol (cuando había alguna velada nocturna se mantenía hasta las 11 de la noche), atracando en la dársena de botes y a pie del propio balneario, pues muchos de los usuarios eran personas de edad avanzada.

Amenizando la salida y la llegada de las lanchas era frecuente encontrar en los embarcaderos músicos de cuerda, generalmente antiguos mineros invidentes de la cuenca minera que se buscaban el sustento pidiendo unas monedas.

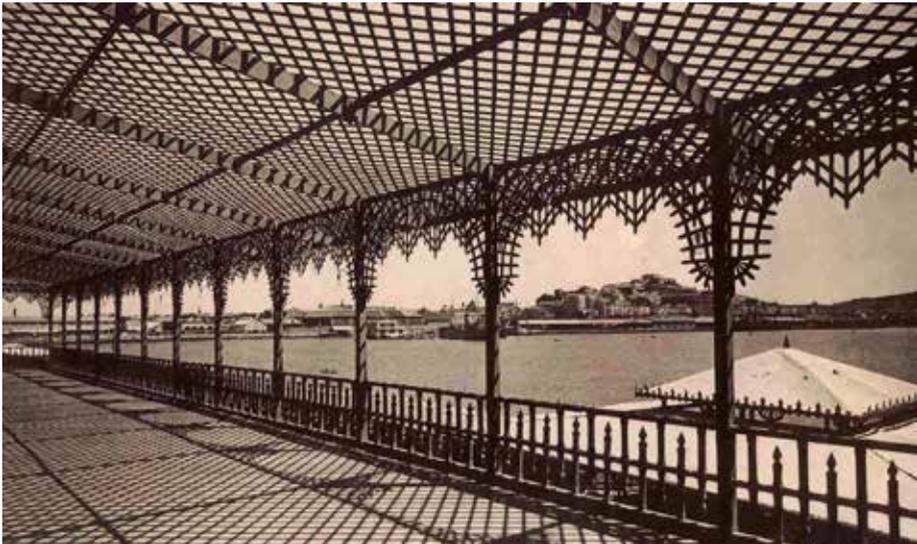


Figura 5. Aquellos viejos balnearios. Fuente: Archivo municipal de Cartagena.

El industrial y luego alcalde republicano Julio Casciaro ofertaba también un servicio de alquiler particular de botes de vela y remo que salían del Puerto y llegaban al Espalmador y al Faro de Navidad. Estos nuevos ricos, llamados deportistas (*Sportmen*), solían utilizar el restaurante, donde corría el marisco y las variadas *delicatessen* locales y de la cocina francesa, destacando como postre estrella los dátiles recién cortados. Mientras los más jóvenes *pelaban la pava* con las muchachas casaderas y practicaban deportes náuticos, los mayores *tomaban las aguas* en sesiones de una hora de baños, lodo y yodo, y compartían las meriendas de pan y chocolate con los más pequeños.

Los baños en aquella década de los años 10 se convirtieron, pues, en imprescindibles para todos los cartageneros y nadie, en las versiones diaria o estacional, dominguera o burguesa, faltaba a la cita estacional, eso sí, con rigor y control, siendo de obligado cumplimiento el que fuesen al menos 9 los tomados (el conocido *novenario de mar*), siempre en número impar (nadie sabe porqué) y con prescripción médica, pues se decía que en los casos de afecciones de la piel se tenía que tener muy claro el horario y frecuencia.

Igual que sucedía con los balnearios de Archena, Mula, Alhama o Fortuna, los de Cartagena eran muy apreciados en toda la provincia, acudiendo durante el verano gente de todos los municipios hasta su clausura en septiembre u octubre, momento en el que se desmontaban las instalaciones y se dejaba paso a la temporada de pesca, sobre todo la de la dorada con lienza. Con la llegada del otoño, los boteros comenzaban a reconvertir su tarea y los veraneantes rememoraban con nostalgia los acontecimientos del verano recién acabado.

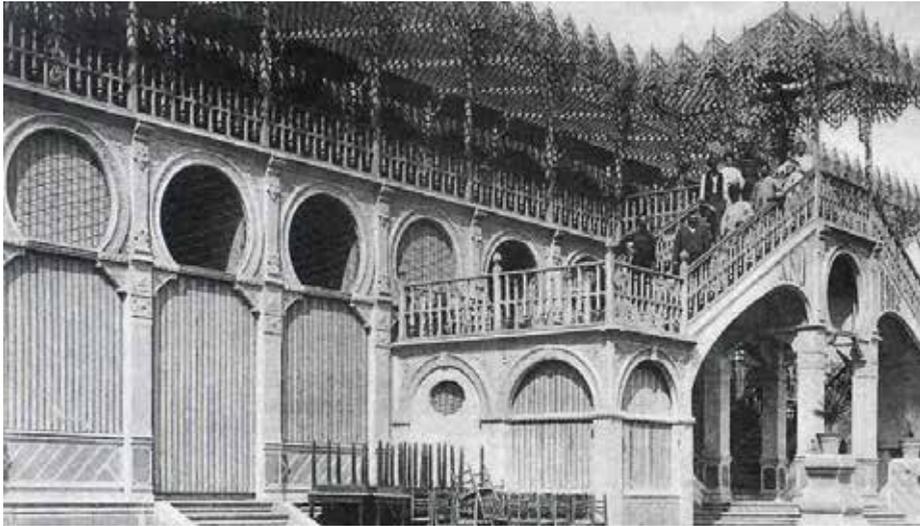


Figura 6. Aquellos viejos balnearios. Fuente: Archivo municipal de Cartagena.

Los locos años 20 y la crisis del 29

Tras las crisis pandémicas de comienzos del siglo XX y la Primera Guerra Mundial, los países europeos, influidos por los aires consumistas del *American way of life*, comenzaron a vivir un tiempo caracterizado por la expansión económica, la extensión del lujo y las comodidades y la mejora de los medios de comunicación. También se extendieron los deportes y la costumbre del veraneo.

Los años 20 fueron para Cartagena un tiempo de transición desde el periodo de expansión minera tras la Guerra Cantonal, acompañado de un auge constructivo Modernista nunca conocido a los años de los grandes negocios especulativos del tiempo de la Dictadura de Primo de Rivera y el mandato municipal de Alfonso Torres. Las viejas familias de antaño, los caciques de los viejos partidos de la Restauración mantienen cierto poder, es el caso de los Maestre-Zapata, y surgen ahora otros apellidos que marcan tendencia en política, como el del todopoderoso teniente de alcalde Mariano Pascual de Riquelme y de Dionisio Oliver, y grandes empresarios como el cónsul alemán Carlos Fricke y su esposa María Oliva, que son los que marcan tendencia en la ciudad con sus fiestas y sus nuevos hábitos de vida. Es el tiempo de la llegada de los primeros automóviles, de la línea aérea

Cartagena-Madrid, de los nuevos inventos, de los bailes (foxtrot y charlestón) y de los trajes de baño desenfadados.



Figura 7. Se anunciaba la temporada de verano. Fuente: Archivo municipal de Cartagena.

A pesar del boom económico, los balnearios, afectados por el auge de la segunda residencia, vieron disminuir su papel como centros de estancia, se reconvirtieron en centros de encuentro social, celebraciones y sede de asociaciones y festejos de todo tipo. En El Chalet se celebraban fiestas nocturnas, bailes, encuentros benéficos, puestas de largo y espectáculos de fuegos artificiales. Pronto los salones acogieron las veladas de cine mudo y toda clase de espectáculos acompañados de orquestinas como la Iris Jazz de Antonio Lauret y Ginés Torralba y el cuarteto del maestro Vázquez (Franco Fernández, 2021).

Los servicios de restaurante y café funcionaban desde que llegaban los primeros visitantes a las 6:45 de la mañana hasta la salida de la última lancha a las 11 de la noche, y solían ser concesiones en manos de empresarios hosteleros de la ciudad como Jaime Linares, que proponía la misma carta que se ofertaba en los cafés-restaurante de moda de su propiedad, el España (donde se compuso en aquellos años el famoso pasodoble Suspiros... del maestro Álvarez Alonso) y el quiosco Alfonso XII. Además de las paellas y mariscadas a mediodía para los pudientes, ofrecía un menú popular de 2.50 pesetas a modo de merienda-cena servido de 5 a 8 de la tarde, consistente en dos platos, pan, vino y postre. Por la noche, dirigido de nuevo a una clientela más selecta, había un gran menú de 4.50 pesetas con cuatro platos de alta calidad.

Los años de la República

Durante los años de la República, los dueños del balneario eran la familia Cabezas y el titular de la concesión del restaurante Miguel Achúcaro, descendiendo notablemente la clientela a causa de la crisis económica de los años 30 y el fin de la bonanza económica de la actividad portuaria por el cierre de muchas minas.

Fue un tiempo de exaltación de la cultura popular, y eso se extendió también a los balnearios y las playas, que se convirtieron poco a poco en lugares abiertos a todo el mundo, pues las élites preferían buscar otros lugares más exclusivos fuera de la

ciudad (balneario de Archena, Sierra Espuña, playas del norte de España...) o en las localidades de moda (Cabo de Palos y Portmán).

Aquella época estuvo marcada en la ciudad por la existencia de varios alcaldes de orientación liberal y progresista que pensaban, en el espíritu de la Universidad Popular, que el deporte y las actividades al aire libre debía formar parte de la vida cotidiana del pueblo. Algunos de ellos, además, eran personas ligadas por intereses económicos a la dinámica de los balnearios, como era el caso del industrial Julio Casciaro, propietario de la principal empresa de transporte de personas hasta El Chalet, siendo alcalde de la ciudad en 1933.

Los balnearios de Cartagena están ocupados ahora por un público más variado, y donde antes abundaban los conciertos privados, en los años 30 triunfan las verbenas populares, donde se reunían pequeños grupos de burgueses en privado, ahora se concentran grandes masas urbanas llegadas en los barcos de trayecto regular para ver las fiestas organizadas por el Consistorio o Marina. En las fiestas de julio (del Carmen y Santiago) los cartageneros disfrutaban de las veladas de trovo y los concursos de habaneras.

Solían ser frecuentes los concursos de pesca y regatas de botes de doce remos y balleneros de cinco, otras de barcos de vela al tercio, concursos de natación de resistencia y de estilos, y competición de saltos desde el faro. En el balneario se concentraban las autoridades y el jurado, y allí comenzaban muchas de las pruebas, almacenándose en sus dependencias todo lo necesario.

Mientras las bandas de música militares tocaban, los espectadores disfrutaban del espectáculo. Fueron años en los que se puso de moda el naturismo, y con ello los deportes al aire libre acompañados de una dieta saludable. Cada mañana, desde el balneario se organizaba un recorrido para bordear todos los montes y fortalezas colindantes con El Chalet. Todo comenzaba a las 9 de la mañana: en el restaurante, los comparecientes tomaban un zumo de naranja, tres manzanas, diez dátiles secos y un trozo de pan Dextrix. De 10 a 12 los monitores del centro impartían al sol una charla sobre vida saludable y la filosofía naturista. Entre las 11 y las 13 horas realizaban excursiones y los ejercicios de escalada. A la una se comía: un vaso de zumo de naranja, un plato de arroz integral, un plato de ensalada, un complemento alimenticio a base de alimentos plásticos, energéticos y catalíticos, una taza de café de malta con miel y una manzana. Tras el obligado reposo de 3 a 4 de la tarde, se repetía el cuadro de ejercicios (esta vez junto al mar) y a las 6 se merendaba a base de otros 10 dátiles, un trozo de pan integral y una manzana. Los que se quedaban a dormir en el balneario se reunían junto al mar en sesiones de baño, tertulia y meditación y se retiraban pronto a la cama sin cenar (Franco Fernández, 2001).

Era una forma de vivir que pronto truncó la Guerra, con la que se perdieron muchas viejas costumbres e ilusiones.

Los desastres de la Guerra. La posguerra y la desaparición del balneario

Una guerra es en sí algo terrible, pero una guerra civil deja una huella todavía más profunda, pues es difícil encontrar actos heroicos y es muy fácil ver la miseria, la destrucción y heridas casi imposibles de cerrar. En Cartagena se conjugaron entre el año 36 y 39 factores políticos, sociales y militares que hicieron de la ciudad un espacio absolutamente alterado. Y tras la guerra nada pudo ser igual. Si la vida cotidiana y la economía sufrieron un vuelco, imaginemos lo que fue del ocio y el esparcimiento: centrándonos en lo que aquí nos ocupa, los balnearios, diremos que todo estaba alterado en la posguerra, pues el entorno del puerto estaba totalmente modificado y el espacio absolutamente militarizado, los balnearios estaban desmantelados y las elites de poder que frecuentaban esos espacios ya no existían, bien por haber sido asesinados o por haber visto destruidos sus negocios.

La burguesía liberal, entre ellos el propio Julio Casciaro, sufrió los rigores del exilio y la represión, y el poder de inversión y consumo era ínfimo en aquella Cartagena del autoconsumo, la autarquía y el estraperlo. El turismo había desaparecido como actividad económica y, cuando se recuperó, los balnearios ya no estaban de moda.

Hemos de decir, sin embargo, que hubo intentos de recuperar para la ciudad ese viejo espacio en 1944, pero el entorno del Faro de Navidad estaba fuertemente militarizado, pues los ecos de la Guerra Civil resonaban todavía cercanos y el mundo estaba en guerra. Se quiso recuperar el balneario, pero la escasez de combustible para poner en marcha el servicio de lanchas lo hizo imposible.

Pasaron los años, y un industrial cartagenero, Nicolás Contreras, puso en marcha una modesta instalación termal en el muelle de Valarino Togores, adquiriendo para ello las cien casetas que quedaban del viejo balneario, alejando así toda posibilidad de recuperación de los viejos usos termales en aquel otrora paradisíaco rincón junto al faro.



Figura 8. Vista del puerto de Cartagena. Fuente propia.

Referencias y fuentes bibliográficas

- Franco Fernández, F.J.(2001). *Cartagena, 1931-36. Los años de la esperanza*. Cartagena, Editorial Áglaya.
- Franco Fernández, F. J. (2021). *Cabo de Palos, pasado y presente*. Cartagena, Editorial Malbec.
- Gómez Vizcaíno, A. y Munar Navarro, D. (2002). *Las defensas de Cartagena y su bahía. Estudio, catalogación y planos*, p. 56. Consejería de Educación y Cultura de Murcia.
- Gómez Vizcaíno, A. (1995). *Castillos y fortalezas de Cartagena*. Cartagena, AFORCA.
- Gómez Vizcaíno, J. A. (1993). *Panorámica del Real Cuerpo de Artillería en Cartagena*. Cartagena, AFORCA.
- Gómez-Vizcaíno, J. L. (2020). *Historia de la artillería de la costa de Cartagena*. Cartagena, AFORCA.
- Medina, S. (1860). *Memoria acerca de las mejoras para la plaza de Cartagena*. Cartagena, Imprenta Gisbert